



MEMORIAS LIBERTINAS DE LA BELLA ENCARNA

(XIII)

«Ya que estás en Inglaterra —me dije— y que aquí se notan mucho menos los efectos de la guerra, ¿por qué no te quedas?. Yo disponía de posibles, porque Winston había incrementado mi cuenta corriente en un Banco de Londres en concepto de reparaciones a mi honor perdido entre Barcelona y Pamplona. Además, tanto si me ganaba la vida cantando como si me la ganaba con lo otro, ¿qué diferencia había entre Inglaterra o Francia?

Pues la había.
Meses después de vivir yo en un hotelito bastante apañado del barrio de Chelsea, hacía balance de mis éxitos artísticos y de los otros, y las cuentas no me salían. En vano cantaba a voz en grito las coplas de Pedro Romero y el Ay de mí de «El Rey que rabió» para convencerme de que mis facultades canoras no habían disminuido. En vano me contemplaba yo en el espejo y palpaba los límites de mi alma y mi cuerpo para convencerme de que todo estaba en su sitio y tan bien puesto como desde hacía veintiocho años.

No. Algo no funcionaba, y así se lo dije a un experto en promociones personales que me recomendaron.

—A ver. Cante usted.
Y le canté Clavellitos.

—Con esa canción aquí no tiene nada que hacer si no la adereza un poco.

Me recomendó relajar las vocales y cantar algo parecido a Cleivelitous... Y en cuanto a mi segunda faceta profesional, se empeñó en que necesitaba un conocimiento directo de mis cualidades para opinar con conocimiento de causa.

—Haremos un «week-end» juntos.
—¿Y qué es eso? —pregunté yo, alarmada y alertada por mis experiencias con el barón de Rothschild.

Me tranquilizó y me dijo que era una simple unidad de medida temporal a la Inglesa. Pasamos un «week-end»

juntos en un pueblecito de la campiña de Cornualles. Nada más entrados en materia, vi que el hombre cabeceaba contrariado.

—La materia prima es buena. Pero le falta aderezo.

—¿También es cuestión de aderezo?

—Lo adorna usted a la francesa. Y debería adornarlo a la inglesa. Más distancia. Pero más participación final. ¿Me entiende?

—Pues mi primer amor fue Winston Churchill, y bien que se lo pasaba a mi lado.

—¿Churchill? —gritó más que preguntó—. Haber empezado por ahí. Tiene usted un material riquísimo a su alcance.

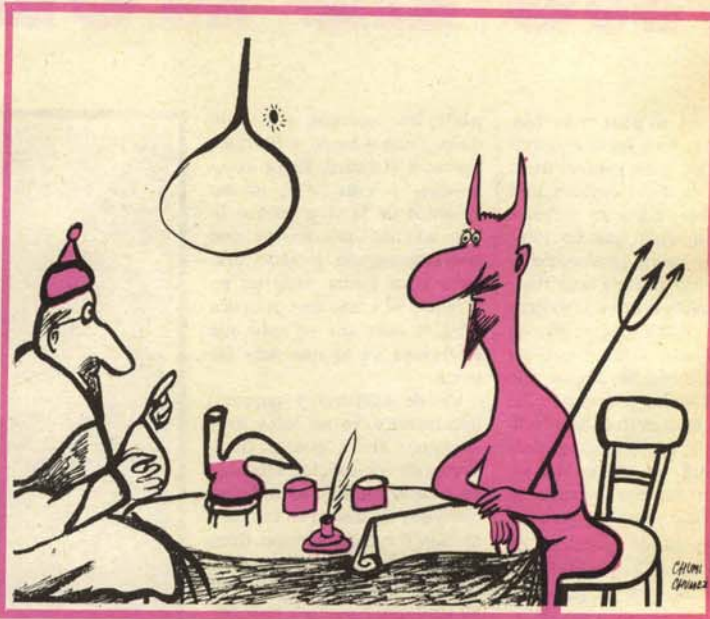
Y añadió:

—Hágase un tatuaje en la piel con la efigie de Churchill fumando un puro y a bordo de uno de los barcos hundidos en los Dardanelos y tendrá usted la clave del éxito.

Me dibujó un Churchillito pequeño, nada del otro jueves, y las predicciones de mi experto se cumplieron. El primer éxito notable fue un presunto heredero del trono que ocupaba el lugar veintitrés en el escalafón sucesorio. Examinó el tatuaje con monóculo y el hombre se entusiasmó. Me puso un hotelito mayor en Chelsea y hasta plantó begonias en el jardín con el decidido empeño de cultivarlas en los ratos libres. Yo seguía fielmente los consejos de mi promotor. Le veía llegar cada sábado por la mañana, y como si nada. Sólo el domingo por la noche le concedía un beso, y después venía lo que venía. Pero no siempre, porque a veces me daba un no sé qué el clima, y cuando se proponía le soltaba dos guantazos y me encerraba en el retrete.

A sus setenta y cinco años, el duque de Mount Aaron había acumulado las suficientes experiencias como para ser muy comprensivo.

(Continuará)



—Mire, Mefistófeles: lo primero, que yo ya no tengo edad para esas cosas; lo segundo, que Margarita es una golfa que se va con cualquiera, y lo tercero, que me temo que eso del alma es un cuento.

